

JORGE VEGA MÉNDEZ

EL CANTO DEL
PEREGRINO

Amar es trascender



LUMEN COR
El Corazón es la Luz


Paulinas

PRÓLOGO

Misericordia es acción

En la primera parte de este nuevo libro, Jorge Vega Méndez nos abre la puerta a un mundo invisible para la mayoría: el de los seres humanos que viven en las calles de Buenos Aires.

A medida que avanzamos en la lectura, el autor nos introduce en historias basadas en hechos reales. A través de cada relato, nos sumergimos en la profundidad de este flagelo y nos vemos obligados a preguntarnos: ¿Acaso no podría ser yo? Esa pregunta nos golpea y nos hace tomar verdadera conciencia de que el otro «soy yo» o, en términos religiosos, que mi prójimo soy yo.

Esta toma de conciencia nos interpela y nos llama a involucrarnos para ayudar a quienes están en situación de calle. El autor nos deja un claro mensaje que resuena como un eco en nuestras almas: «Nadie se salva solo; la salvación es colectiva».

A medida que recorremos esta obra de la mano de su autor, vemos que estas personas, si bien son únicas e irrepetibles, comparten las circunstancias que las llevaron a «la calle» y las secuelas que esa misma realidad instaló en ellas.

Con el devenir de las páginas, otro velo se corre para dejar al descubierto la contracara de esta realidad: una enorme cadena de solidaridad. El milagro se retroalimenta cuando el amor vuelve multiplicado a los corazones de los que brindan su tiempo, dándoles más fuerza para seguir tendiendo una mano a quienes más lo necesitan.

Veremos que así como existen problemáticas comunes en las personas en situación de calle, hallamos también similitudes en aquellos que deciden ayudarlas. Como dice el autor: «la verdadera misericordia es acción». Es allí donde los caminos de quienes han decidido actuar se cruzan.

En la segunda parte, el autor muestra su faceta de peregrino; un peregrino que fortalece su fe al visitar lugares trascendentes para la devoción católica. En su camino, se encuentra con otros que también han decidido pasar a la acción para ayudar al prójimo.

Seremos parte de momentos compartidos alrededor del mundo con seres humanos que posan su mirada en el otro. Las misiones se multiplican en diferentes hemisferios y países sin fronteras, porque el amor no conoce límites.

Me animo a predecir que, después de leer este libro, tu corazón ya no será el mismo.

Mariela Riccardo Urrizaga

INTRODUCCIÓN

**EL MISTERIO
DE LA SALVACIÓN**

Una flor surge de las cenizas

Nadie se salva solo

Allí estábamos, como soldados en el frente de batalla, salvo que aquella no era una batalla para la gloria de nadie, sino para la gloria de Dios. Nuestra misión consistía en rescatar a los que se habían hundido en las adicciones, en la depresión, en la soledad, en el abismo inescrutable de la calle. Pero ¿por qué no enunciarlo de manera más simple? ¿Acaso no ayudábamos a los más necesitados? ¿Por qué no decir simplemente que nuestra tarea era asistir a los más pobres? Porque no sería exacto.

Nosotros socorremos a quienes se han perdido en el camino de la vida; en particular, a los más débiles, a los más pobres, a quienes lo han perdido todo, incluso su identidad, a los que ya no tienen a nadie en este mundo, a los que han quedado sumidos en la desesperanza, ocultos en las sombras de la ciudad; heridos por la indiferencia, que los atraviesa como una «espada invisible», que los excluye sin palabras, que los ignora como a fantasmas, conduciéndolos a la depresión y la autodestrucción.¹

La «calle» no es un castigo, es el «no mundo», la ciénaga que se los traga sin pedirles permiso.² Sin embargo, allí estamos nosotros para

1 *Simbología de la «espada invisible»:* Referencia alegórica al impacto psicológico de la indiferencia social. A diferencia de la violencia física, la «espada invisible» opera en el plano de la dignidad y el reconocimiento, vinculándose con el concepto teológico de la «muerte civil» o el abandono espiritual. Esta imagen refuerza la tesis del párrafo sobre la autodestrucción como consecuencia directa de la exclusión silenciosa, donde el silencio del entorno se vuelve un arma punzante para la psiquis del desamparado.

2 *Concepto de «no mundo»:* El término sugiere una zona de inexistencia social donde el sujeto pierde las coordenadas básicas de la identidad. En la fenomenología de la marginalidad, el «no mundo» representa la ruptura total con el tejido de la comunidad, convirtiendo al individuo en un ser invisible para el sistema. Esta condición se ve agravada por la

sujetar su mano y guiarlos hacia la salida. Pero ¿quiénes somos nosotros? Tan solo un pequeño grupo de personas que han entendido que la salvación se da de manera colectiva. Nadie se salva solo.

Eso me recuerda las palabras del Papa Francisco durante la pandemia, aquella tarde bajo la lluvia en *Piazza San Pietro*:

«Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos que, a una sola voz y angustiados, dicen: “perecemos”, también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos. Nadie se salva solo».³

Quien crea que la «salvación» es una misión individual, probablemente se considere un semidiós. Ni siquiera Jesús, que fue elegido por Dios para salvar al mundo, caminó solo, sino que buscó a los doce discípulos para que lo acompañaran. Está claro: la salvación es una misión compartida.

Quizá, aunque suene revolucionario, Dios no quiera simplemente «salvarnos», como un padre salva a un hijo indefenso en medio de un naufragio. Quizá Dios quiere que nosotros, como familia humana que somos, formemos parte de ese «Plan de Salvación», como «hijos» que construyen a su lado; lo cual eleva nuestra dignidad a la de «herederos» y no simplemente a la de «criaturas», como bien lo señaló San Pablo, en su carta a los Romanos: «Si somos hijos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Rom 8,17).

indiferencia, que actúa como un mecanismo de violencia pasiva, despojando al hombre de su categoría de prójimo y reduciéndolo a una presencia espectral en el espacio urbano.

³ Francisco, *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia (Statio Orbis)*, Plaza de San Pedro, 27 de marzo de 2020.

Volver a casa

En este magnífico Plan de Salvación, hay un elemento que no debemos obviar porque nos interpela y nos compete a todos: la libertad humana, que es justamente la llave hacia la salvación. Esta es, en última instancia, una elección. De forma análoga, lo expresó San Agustín: «*Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te*», «Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti».⁴

¡Allí radica el misterio de la salvación! Precisamente en la libertad humana; o bien, como lo dijo mi amigo Darío, en palabras más simples: «Dios está esperando a ver qué hacés vos con tu vida». En definitiva, hay una ineludible participación del sujeto en su propia salvación: la libre elección, primero, de escoger el camino del bien; y la voluntad, después, de perseverar en ese camino, que tiende hacia el Bien Supremo: Dios.

Es posible que la humanidad aún deba transitar con dolor su propio «camino de salvación», entendido ahora no tanto en términos teológicos, sino en una dimensión plenamente humana; en un mundo que lucha contra sí mismo, dominado por las guerras, la desigualdad, el hambre y la codicia.

Quizá la «salvación» esté latente dentro de nosotros mismos, como si fuera parte de nuestro genoma humano, como una «impronta divina»⁵

4 *Sermones de San Agustín (Sermo 169, 11, 13)*: La sentencia «*Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te*» resume la doctrina agustiniana sobre la gracia y el libre albedrío. Para el obispo de Hipona, la creación es un acto unilateral de la voluntad divina, pero la justificación requiere la cooperación activa del alma. Esta interpelación a la libertad humana constituye el núcleo del debate soteriológico que el texto traslada al lenguaje cotidiano mediante la figura de Darío.

5 *La «impronta divina»*: El concepto de «impronta divina» remite a la doctrina de San Agustín sobre la presencia de Dios en el alma. En sus *Confesiones* (III, 6, 11), el obispo

intrínseca, de la que nos hemos ido apartando lentamente, hasta colocarnos por encima de toda ley natural, en contra de nuestro mismísimo instinto de preservación.

Siguiendo con este razonamiento, la salvación no sería tanto un descubrimiento o una revelación, sino más bien una «reconciliación» con nosotros mismos como especie humana y con nuestro Creador. El hijo pródigo⁶ rompe su vínculo con su padre y se aleja. Su salvación estuvo dada por su capacidad de concientización de su propia naturaleza y su origen, por «volver en sí» y recuperar su memoria activa de quién era y quién era su padre —en términos agustinianos por su «*memoria dei*»⁷— y, fundamentalmente, por su voluntad libre de regresar hacia su progenitor, es decir, hacia su origen. Quizá la salvación consista simplemente en «volver a casa».

De un modo u otro, lo que es indiscutible es que la salvación de la humanidad se dará en términos colectivos; no es posible pensar en

de Hipona afirma que Dios es «*interior intimo meo*» (más íntimo que mi propia intimidad), sugiriendo que la esencia divina no es algo extrínseco al hombre, sino el fundamento constitutivo de su propio ser. Esta visión apoya la tesis del párrafo sobre la salvación como un proceso de reconocimiento de una naturaleza preexistente, más que como la adquisición de un elemento ajeno a la condición humana.

⁶ *Parábola del Hijo Pródigo*: Referencia al relato evangélico de *Lucas 15:11-32*. En la exégesis teológica, el retorno del hijo no se interpreta solo como un acto de contrición, sino como un recobrar la lucidez sobre la propia identidad («*volviendo en sí*», *Lc 15:17*). Esta «reconciliación» mencionada en el texto literario resuena con el concepto de *epistrophé* o el retorno del alma hacia su fuente originaria, sugiriendo que la salvación es un proceso de desalienación respecto a la impronta divina descrita en el párrafo.

⁷ *Concepto de «memoria Dei»*: Desarrollado principalmente en el libro X de las *Confesiones*, la *memoria dei* no se refiere a un recuerdo fáctico de eventos pasados, sino a una presencia latente de lo divino en el espíritu humano. Según San Agustín, el alma conserva una «huella» de su Creador que le permite reconocer la verdad y la felicidad incluso en el estado de mayor alienación. En el contexto del Hijo Pródigo, la *memoria dei* es lo que posibilita el «volver en sí», transformando la nostalgia en una fuerza activa que impulsa el retorno al origen.

la preservación, expansión y evolución de la especie en soledad, sino únicamente en comunidad.

Como corolario, la salvación —en términos humanos— es un camino que se construye entre todos; esa es curiosamente la razón por la cual la especie del *Homo sapiens* ha sobrevivido —gracias a su capacidad social—, mientras que la especie del *Homo neanderthalensis* se ha extinguido;⁸ es necesario construir este camino con amor, respeto mutuo y cooperación.

Quizás Dios, como un paciente testigo, está esperando a ver qué hacemos nosotros con los dones y recursos que Él nos dio. En otras palabras, la salvación ya está entre nosotros, pero el odio y el egoísmo nos apartan de ella sembrando la división.

Una flor surge de las cenizas

La salvación de la humanidad se encuentra dentro de nuestros corazones, y no fuera. Como dijo maravillosamente San Agustín: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba».⁹ San Agustín encontró a Dios, y con Él su salvación, dentro de su corazón. El desafío es inherente a la propia especie humana.

8 Esta tesis es sostenida por autores como Yuval Noah Harari y Robin Dunbar, quienes argumentan que, mientras los neandertales poseían capacidades físicas e individuales superiores, el *Homo sapiens* desarrolló una estructura social compleja basada en el lenguaje y el mito compartido, lo que permitió la cooperación en grupos de más de 150 individuos, factor determinante para la supervivencia frente a grupos neandertales más pequeños y aislados.

9 Agustín de Hipona, *Las Confesiones*, X, 27, 38. (Trad. varias). La expresión «Tarde te amé» (*Sero te amavi*) es uno de los pasajes más célebres de la mística cristiana.

Así que decir que nosotros ayudamos a los «pobres» es una manera simplista de definir nuestra tarea. Si se quiere, para enunciarlo de una manera más sencilla, nuestra misión es rescatar a los más pobres entre los pobres: aquellos que han perdido la esperanza. Porque, aunque pocos lo entiendan, nuestra tarea no consiste en «darles de comer», sino en ayudarlos a creer de nuevo en el Amor de Dios.

Es, precisamente, a partir de la experiencia del Amor de Dios —y, por extensión, del amor de sus hermanos— que volverían a amarse a sí mismos. El ser humano necesita sentirse amado para valorarse. Y ellos, al igual que nosotros, necesitaban sentirse amados para salir de su propio calabozo.

A través de nuestra tarea incesante, de nuestro acompañamiento, de nuestro «dar sin pedir nada a cambio», de pronto, el día menos pensado —al igual que brota una flor de una planta marchita, ignorada por todos—, sin mediar ningún milagro visible, el amor hace posible lo imposible. Ellos vuelven a creer y, con su fe, vuelven a nacer.

El amor es el milagro que convierte la desesperanza del ocaso en un nuevo amanecer. ¡Y ellos comienzan a florecer! ¿Cómo es posible que una flor surja de las cenizas?

Una tarde de primavera, mientras compartía un café con Andrés, él me hizo una confesión.

—Cuando yo estaba metido en las adicciones, aunque el día fuera luminoso, yo vivía atrapado en la oscuridad; no podía ver ni disfrutar nada de esto —me dijo, como si de pronto mirara el mundo por primera vez.

Antes de ser libre, él habitaba en el abismo y despreciaba tanto su vida que, de forma inconsciente, buscaba su propia muerte.

—¿Ves todas estas cortaduras en mi pecho? —continuó diciéndome, mientras me mostraba las innumerables cicatrices de navaja que tenía en su torso—. ¿Vos creés que alguien me lastimó? No, hermano. ¡Me las hice yo! —sentenció.

Su caso no era el único. La droga, el alcohol, la calle... eran todas formas de aniquilarse lentamente. La «ciénaga» es un espacio que nace y se desarrolla en el corazón humano como una oscura hierba, y allí es donde hay que trabajar: en el terreno de las almas. Como me dijo una vez mi amigo Georgie, casi revelándome una verdad que ambos conocíamos: «¡La misión es salvar almas!». Y aunque yo no me atrevía a decirlo de esa manera, era cierto. Nuestra misión era iluminar los corazones que estaban muriendo en la oscuridad.

—¿Vos sabés la recompensa que te espera en el Cielo? —me dijo Andrés, mirándome a los ojos—. Me rescataste del abismo. ¡Yo estaba muerto y me trajiste de vuelta a la vida! —exclamó, visiblemente emocionado.

Entonces, recordé las palabras de la parábola del hijo pródigo; porque «él estaba muerto, y había vuelto a la vida; estaba perdido, y había sido encontrado» (Lc. 15,32).

Allí, donde había tanta oscuridad, también brillaba más intensamente la luz de nuestro amor. Porque solo el amor podía hacerlos libres de las cadenas que los aprisionaban. Esas cadenas podían romperse únicamente con amor.

La oscuridad en que vivían, de pronto, se convertía en luz con un pequeño gesto: una palabra de aliento, una mirada afectuosa, una palmada en el hombro, una simple sonrisa y una taza de café; nuestra sola presencia era el «milagro» que iluminaba sus vidas.

PARTE I

UN NUEVO AMANECER

Ser luz para quienes viven en tinieblas

CAPÍTULO I

48 HORAS CRUCIALES

El amor hace posible lo imposible

48 horas cruciales

Subimos al auto y partimos de regreso a la ciudad. El camino era oscuro y sinuoso. La lluvia había embarrado la ruta, apenas iluminada por la luz de la luna. A pesar de la oscuridad y del miedo, había algo esa noche que nos invitaba a confiar: nos sentíamos acompañados por Dios: Él conducía; Él iba al volante.

Así que simplemente me dispuse a descansar, como lo hizo Jesús en la barca en medio de la tormenta (Mc 4,37-38). No me pregunten por qué; no era vanidad, sino confianza; la plena confianza de que mi vida estaba en las manos de Dios. Él era quien nos enviaba a la misión, Él nos protegía.

De pronto, Paz rompió el silencio.

—¿Estás seguro de que es por acá? —me preguntó mientras trataba de no perder el control de aquel auto que patinaba sobre el barro del camino.

La noche se ceñía sobre nosotros y el miedo nos abrazaba, pero Paz y yo sabíamos que habíamos cumplido con la misión. Andrés estaba ahora en la Comunidad. Había dado un paso gigante. Con toda su fragilidad, sus dudas y sus miedos, había tomado el timón de su vida, decidido a emprender un nuevo rumbo. Se lo veía tan feliz y, al mismo tiempo, tan asustado como un niño.

Él podía sentirse un «rey» en la calle: sabía cómo moverse, cómo hablar y negociar, incluso cómo pelear; él sabía cómo sobrevivir. Lo que no sabía es cómo vivir en sociedad. Estar en una Comunidad Terapéutica era algo nuevo para él. Enfrentar su adicción al alcohol, y los fantasmas de su pasado, requería valor y coraje. Todos sabíamos que las primeras 48 horas serían cruciales, en especial Marcos, el encargado de la Comunidad, quien también había estado en situación de calle, sumido en una profunda adicción a las drogas y al alcohol.

Marcos lo veía a Andrés y parecía mirarse al espejo, tan solo unos años atrás, cuando él había ingresado a la Comunidad.

—Hoy la Comunidad es mi familia —me dijo Marcos.

Marcos había encontrado el amor y su salvación en la Comunidad.

—Espero que Andrés se adapte. Por mi parte, haré todo lo posible para que se sienta bien, pero tenés que entender algo, Jorge —me recalcó, ahora tomándome de los hombros—: es necesario que Andrés supere esta prueba solo. Le pedí que me diera su celular y lo voy a dejar apagado todo el fin de semana. Por eso es que todavía no voy a asignarle la vacante de forma definitiva. Esto es provisorio. Tenemos que ver cómo se adapta en las próximas 48 horas. Vuelvan el lunes.

Y, con esas palabras, me dejaba atado de pies y manos. No podía hacer nada más que confiar. Si bien entendía perfectamente la postura de Marcos, aquel planteo me ponía en un dilema. Andrés estaba en situación de calle. Con mucho esfuerzo le estábamos pagando un hotel hasta que nos dieran la vacante definitiva en la Comunidad.

La espera se hacía muy larga, y muy costosa, y los tiempos de la Comunidad no eran ni mis tiempos ni los de Andrés. Él también se impacientaba. Yo sabía que el lunes debía ir a buscarlo para llevarlo de nuevo al hotel, hasta que los responsables de la Comunidad nos dieran una respuesta favorable.

Cuando las respuestas no alcanzan

Nuestra charla con Marcos había sido amena, pero no dio el resultado que esperábamos.

—Vos sabés, Jorge, que estas son las reglas de la Comunidad —me dijo, adivinando mis pensamientos—, y tengo que cumplirlas. Yo pasé por

lo mismo que Andrés. Ahora tiene que ser paciente y constante. ¡Que no baje los brazos, hermano! Yo sé que si hacemos las cosas bien, él va a entrar a la Comunidad.

Lo cierto es que dentro de 48 horas, Andrés volvería a la «jungla». Porque el «hotel» no era ninguna contención para él. Yo sabía que él entraba y salía a la hora que quería, y que sus amistades no hacían más que conducirlo al abismo. Pero ¿qué podía hacer? No era dueño de su vida, no podía obligarlo.

La última vez que le sugerí alejarse de ellos, me dijo impávido: «Me tomo la tarde libre, me voy a pasear con mis amigos», mientras tomaba su mochila llena de latas de cerveza. Sin embargo, al cabo de unos días, volvía con la cabeza gacha, pidiendo perdón. Yo necesitaba de la Comunidad para contenerlo. Andrés caminaba al borde del precipicio todos los días. Y ese peligro me acechaba. Tenía que convencer a Marcos de que Andrés debía quedarse en la Comunidad, por su propia seguridad.

Mientras Paz conducía, mi mente se enredaba con todos estos pensamientos sin encontrar una salida. Entonces, ella hizo la pregunta que yo no quería formular en voz alta.

—Y después de estos dos días de prueba, ¿qué va a pasar con Andrés?, ¿adónde va a ir?, ¿de nuevo a la calle?, ¿ellos saben que Andrés está en situación de calle?

—Lo saben, Paz... —respondí, con cierto tono de resignación, y, al mismo tiempo, sintiéndome impotente por no poder hacer nada al respecto—, pero son las reglas —repetí como un autómatas, aunque hubiera querido rebelarme ante ellas.

Sentía que la vida de Andrés estaba en mis manos, y que me cerraban las puertas de la Comunidad por las «benditas» reglas. Pero no podía hacer nada. Así era el sistema. Y debía «bucear» a través de la burocracia para llegar a la superficie.

—Son las reglas, Paz... —repetí, una vez más—, y las tengo que respetar.

Paz se quedó en silencio, no conforme con mi respuesta. Yo tampoco lo estaba. Pero no podía colisionar contra el sistema sin correr el riesgo de ser rechazado. La paciencia y la estrategia aquí eran claves.

—Pero, entonces... ¿vas a seguir pagándole el hotel a Andrés? —me preguntó Paz.

—No tengo otra opción; no tengo confirmada vacante en ningún hogar; la red de hogares está colapsada, y lo único que se me ocurre es seguir pagándole el hotel hasta que nos den el ingreso formal a la Comunidad.

—¡Pero eso es mucha plata! —replicó Paz—. Dejame que te ayude; podemos pagar a medias el hotel.

—Gracias, Paz, pero vos ya hiciste demasiado; de alguna manera lo vamos a resolver. Dios nos acompaña.

Paz se quedó nuevamente en silencio, mientras seguíamos avanzando por aquel camino oscuro.

—¿Vamos bien por acá? —me preguntó.

—No estoy seguro; confiemos en el GPS —respondí.

—No encuentro la salida —me dijo Paz, luchando con el volante mientras las ruedas del auto patinaban sobre el barro—. Creo que nos perdimos.

ÍNDICE

| | |
|--|-----------|
| PRÓLOGO | 9 |
| INTRODUCCION EL MISTERIO DE LA SALVACIÓN | 11 |
| PARTE I. UN NUEVO AMANECER | 21 |
| I. 48 HORAS CRUCIALES | 23 |
| II. BUSCAR LA VICTORIA | 29 |
| III. HUMILDES CIRINEOS | 35 |
| IV. PEQUEÑOS GUIÑOS DE DIOS | 43 |
| V. EL PODER DE LA PALABRA | 49 |
| VI. ABRIR EL CORAZÓN | 55 |
| VII. ÁNGEL PEREGRINO | 61 |
| VIII. COMPARTIR UNA EMOCIÓN | 67 |

PARTE II. EL CANTO DEL PEREGRINO 75

| | | |
|---------------|---------------------------------------|------------|
| IX. | CIAO ROMA! | 77 |
| X. | UN PAPA VICINO | 85 |
| XI. | UN FARO EN SUS VIDAS | 93 |
| XII. | EL ARCA DEL RENACIMIENTO | 99 |
| XIII. | ESPÍRITU GUERRERO | 107 |
| XIV. | LA FUERZA DEL PEREGRINO | 117 |
| XV. | SU TIERRA Y SU CIELO | 125 |
| XVI. | ROMA, TI ABBRACCIO! | 131 |
| XVII. | LAS MANOS DE MARÍA | 139 |
| XVIII. | A ORILLAS DEL GAVE | 145 |

PARTE III. CARACOLES EN LA ARENA 153

| | | |
|----------------|---|------------|
| XIX. | ENCONTRAR UN AMIGO | 155 |
| XX. | UN TESORO ESCONDIDO | 163 |
| XXI. | AL AMPARO DE LAS ESTRELLAS | 171 |
| XXII. | CON LOS OJOS DEL AMOR | 177 |
| XXIII. | CARIDAD SIGNIFICA «AMOR» | 183 |
| XXIV. | SIN ALIENTO | 189 |
| XXV. | COMPAÑERO PEREGRINO | 199 |
| XXVI. | UN PEQUEÑO REBAÑO | 205 |
| XXVII. | EL VIOLINISTA DE DIOS | 213 |
| XXVIII. | CANGREJOS EN LA ARENA | 219 |

| | | |
|------------------|---------------------------|------------|
| PARTE IV. | AMAR ES TRASCENDER | 227 |
| XXIX. | SARANGHAMNIDA | 229 |
| XXX. | LA ALDEA DE LAS FLORES | 239 |
| XXXI. | EL CANTO DE LOS NIÑOS | 247 |
| XXXII. | LA CASITA DE PAN | 255 |
| XXXIII. | LA GRAN PREGUNTA | 263 |
| XXXIV. | EL VIENTO DE DIOS | 271 |
| XXXV. | AMAR SIN CONDICIONES | 277 |
| XXXVI. | ATRAPADO EN SU DOLOR | 287 |
| XXXVII. | EL AMOR ES «ESTAR» | 293 |
| XXXVIII. | AMAR ES TRASCENDER | 303 |

| | | |
|-----------------|----------------------------------|------------|
| PARTE V. | EL BAUTISMO DEL JAGUAR | 311 |
| XXXIX. | AMIGO, ¡TENGO QUE REZAR! | 313 |
| XL. | LA ELIPSIS DEL AMOR | 323 |
| XLI. | EL BAUTISMO DEL JAGUAR | 331 |
| XLII. | EL LLAMADO DE DIOS | 339 |
| XLIII. | YO TE CUIDO, YO DIRIJO TUS PASOS | 345 |
| XLIV. | UN ABRIGO PARA SUS ALMAS | 353 |
| XLV. | CORAZÓN DE NIÑO | 361 |
| XLVI. | EL DOLOR DEL HAMBRE | 369 |
| XLVII. | DIOS SE VISTE DE MENDIGO | 375 |
| XLVIII. | EL ROSTRO DE DIOS | 381 |
| XLIX. | LUCIÉRNAGAS EN LA NOCHE | 389 |

| | | |
|---|-----------------------------------|------------|
| L. | CARCELEROS DE LA CARIDAD | 395 |
| LI. | EL ESPEJO DEL AMOR | 403 |
| LII. | UN CANSANCIO SANTIFICANTE | 413 |
| PARTE VI. APACIENTA MIS OVEJAS | | 423 |
| LIII. | ¡ESTO ES UN ASALTO! | 425 |
| LIV. | EL SABOR DE LA SAL | 435 |
| LV. | UN ÁNGEL ENTRÓ EN MI VIDA | 443 |
| LVI. | ¡LA AYUDA SOS VOS! | 455 |
| LVII. | EL MOTOR INVISIBLE | 463 |
| LVIII. | SUEÑOS ROTOS | 469 |
| LIX. | ÁNGELES EN LA TIERRA | 475 |
| LX. | MILAGROS COMPARTIDOS | 485 |
| LXI. | UN MENDIGO DEL AMOR | 493 |
| LXII. | ABRAZADOS EN EL DOLOR | 503 |
| LXIII. | PEREGRINO DEL AMOR | 513 |
| PARTE VII. DUC IN ALTUM | | 521 |
| LXIV. | EL HECHIZO DEL DOLOR | 523 |
| LXV. | EL MODELO A SEGUIR ES JESÚS | 533 |
| LXVI. | SER PLENAMENTE HUMANOS | 543 |
| LXVII. | EL SONIDO DE SU ALMA | 549 |
| LXVIII. | UN SUEÑO LOCO | 555 |

| | | |
|-----------------|-------------------------------------|------------|
| LXIX. | LA FUERZA DEL ORIGEN | 561 |
| LXX. | REMONTAR EL VUELO | 569 |
| LXXI. | SÍMBOLO DE FAMILIA | 575 |
| LXXII. | ELEGIDOS PARA AMAR | 583 |
| LXXIII. | LA LLAVE OCULTA | 591 |
| LXXIV. | GANARLE A LA CALLE | 599 |
| LXXV. | RECORDAR SUS NOMBRES | 607 |
| LXXVI. | EL CÍRCULO DE LIBERAD | 613 |
| LXXVII. | «TE VI», ME DIJO JESÚS | 623 |
| LXXVIII. | SCENDERE | 633 |
| LXXIX. | DUC IN ALTUM | 643 |
| | | |
| EPÍLOGO | SALIR DE LA CALLE | 651 |